

De Alcalá para México

Miguel León-Portilla

Agradezco profundamente el grande honor que hoy me concede la Universidad de Alcalá. Y al hacerlo, quiero evocar a algunas personas y aconteceres que, a partir de su fundación por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, de varias formas tuvieron relación con el Nuevo Mundo y en particular con México.

Atención primordial recibieron en esta universidad los estudios de filosofía, derecho y teología, así como los de medicina, retórica y artes, es decir, humanidades. Para alcanzar sus objetivos, la nueva casa de estudios buscó la presencia en ella de maestros que sobresalieran entre los más distinguidos del Renacimiento español. Entre ellos estuvieron nada menos que Elio Antonio de Nebrija, primer gramatólogo de nuestra lengua, y Benito Arias Montano que, con Juan de Vergara, preparó la edición de la *Biblia* políglota y la traducción de varios libros de Aristóteles y otros autores clásicos. En Alcalá, como un fermento, se dejó sentir además, de modo muy particular, la influencia intelectual de Erasmo de Rotterdam, algunas de cuyas obras sacó a la luz el conocido impresor Miguel de Eguía entre 1525 y 1529.

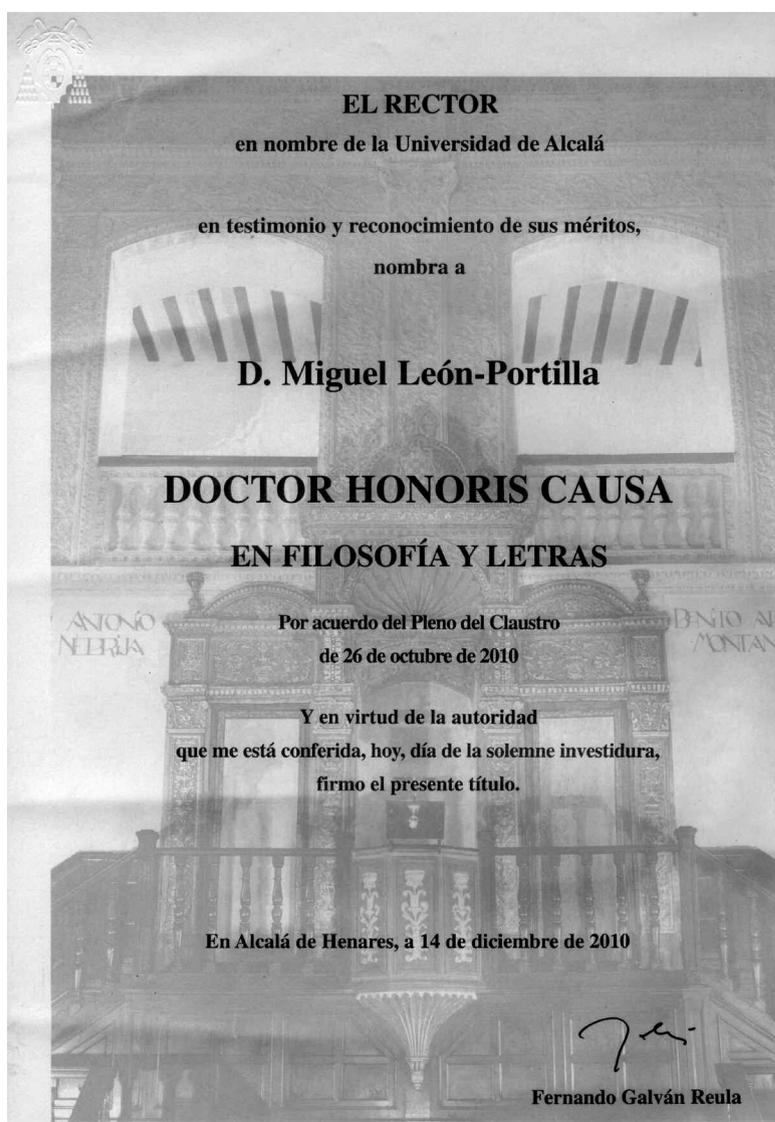
Aquí estudió latín y retórica un hombre extraordinario que dejó honda huella en tierras mexicanas, fray Alonso de la Veracruz. Oriundo del pueblo alcarreño de Caspueñas en la diócesis de Toledo, fue más tarde discípulo de fray Francisco de Victoria. Trasladado a México en 1536, tomó ahí el hábito agustino.

Entregado a la evangelización y la docencia en la provincia de Michoacán, fue maestro en el Colegio de Altos Estudios de Tiripetío. Años después, cuando la Universidad de México se inauguró en 1553, enseñó en ella como “maestro en artes” y actuó también como catedrático de teología, sagrada escritura y derecho.

A él se deben varias obras de carácter filosófico y jurídico, en particular una que tituló *De dominio infidelium et de bello justo* en la que demuestra la no validez de muchos de los argumentos esgrimidos para justifi-

car la Conquista y señala cuáles pueden ser aquéllos en que cabe fundar la justicia de una guerra. A través de fray Alonso de la Veracruz, la Universidad de México y la Universidad de Alcalá se acercan y se hermanan.

En el campo de la medicina, en el que tanto sobresalió esta universidad, hay dos figuras prominentes que ligan



a Alcalá con el Nuevo Mundo. Una es la del sevillano Nicolás Monardes, que se graduó como médico en Alcalá en abril de 1507. Además de practicar su profesión, formó un museo de historia natural y se dedicó a importar del Nuevo Mundo plantas y otros productos para elaborar con ellos una nueva farmacología que benefició a muchos.

En la amplia obra que intituló *Historia medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina*, publicada en Sevilla en 1574, dedicó muchas páginas a describir plantas y otros productos que, procedentes de México, pudo reunir y estudiar. Por ejemplo, al hablar de la que llama “raíz de Michoacán”, discurre ampliamente sobre la naturaleza y otras características de esa región. Habla así de sus lagos en los que, dice, “hay mucho pescado”. Se refiere también a sus minas de plata y cobre. Menciona asimismo un “ruibarbo de Michoacán”, del que expresa que “con él se purgan todos en México”. No es exagerado afirmar que, a través de los empeños del doctor Nicolás Monardes, México tuvo muchas formas de presencia en España.

A otro personaje, que también estudió medicina en esta universidad, me voy a referir. Fue el célebre protomédico de Felipe II, de nombre Francisco Hernández. Oriundo de la Puebla de Montalbán, después de obtener en Alcalá el título de médico, residió en el hospital que existía en el pueblo de Guadalupe de Extremadura, donde, entre otra cosa, practicó disecciones en cadáveres y enriqueció sus conocimientos farmacológicos. Algún tiempo después, el rey le otorgó el título de Protomédico General de todas las Indias.

Con este rango y con el encargo de realizar investigaciones sobre plantas, animales y antigüedades culturales, partió en 1570 con destino a México. Durante los cerca de seis años en que trabajó ahí auxiliado por un hijo suyo, reunió copiosa información sobre tales materias, la que complementó con centenares de dibujos que ilustraban sus hallazgos botánicos y zoológicos. Con ese conjunto de tan valiosa información, regresó a España.

Sus aportaciones, que abarcaron además traducciones al español de la *Historia natural* de Plinio y otros trabajos, como el *De anima* de Aristóteles, fue sólo parcialmente editada en Roma en 1651 y luego en Madrid en 1790. La Universidad Nacional Autónoma de México, gracias a un equipo integrado por historiadores, médicos, botánicos y zoólogos, así como también traductores de latín, puesto que la obra está en dicha lengua, ha realizado su edición crítica en siete grandes volúmenes. Y quiero recordar que en tal empresa participaron, al lado de investigadores mexicanos, varios españoles exiliados de la Guerra Civil.

El coordinador de la obra fue el médico-historiador doctor Germán Somolinos D’Ardois, nacido en Madrid, que había sido catedrático en la que entonces se llamaba Universidad Central. Llegado a México en 1939, se entregó de lleno a la cultura mexicana. A él se debe la mejor biografía que existe acerca del doctor Francisco Hernández.

Muy digno de recordación es también un ilustre cacereno que fue estudiante de derecho en Alcalá, don



Pedro Pérez Herrero y Miguel León-Portilla



Fabio Hierro León-Portilla, nieto del doctor Miguel León-Portilla



Fernando Galván y Miguel León-Portilla



Juan de Ovando Godoy. Atraído por la historia y la geografía, a él se debe haber dispuesto la elaboración de las que se conocen como *Relaciones geográficas de Indias*. En su calidad de presidente del Consejo de Indias, envió un amplio cuestionario que incluía ciento treinta y cinco preguntas sobre la situación geográfica, clima, población, organización social, productos de la tierra, antiguas creencias y otros varios asuntos de diversos lugares del Nuevo Mundo, en particular de México, Yucatán, Guatemala y Perú. Envío dichos cuestionarios a autoridades de las principales alcaldías y a otros para recabar información.

Las mencionadas *Relaciones geográficas* se elaboraron entre 1579 y 1585 y gracias a ellas se dispone de un gran caudal de testimonios para conocer lo que eran los virreinos, audiencias, capitanías y alcaldías del Nuevo Mundo.

Además, Ovando, como presidente del Consejo de Indias, protegió a fray Bernardino de Sahagún que estaba realizando su magna investigación sobre los pueblos de lengua y cultura nahuas. Mencionarlo en el contexto de las vinculaciones que tiene México con la Universidad de Alcalá es recordar un importante capítulo de nuestra historia en común. En Sahagún reconocemos hoy a un pionero de la antropología.

Historiador y cronista del Nuevo Mundo y de la Conquista de México fue otro hijo de esta universidad. Me refiero a Francisco López de Gómara, oriundo de un villorrio cercano a la ciudad de Soria, de donde tomó su apellido. A él se deben, entre otras obras, unos *Anales de Carlos V* y más tarde una *Historia General de las Indias*, publicada originalmente en Zaragoza en 1552. A este antiguo estudiante de leyes, cuyo nombre está inscrito en el paraninfo de esta universidad, se debe también una historia de la Conquista de México en la que se ocupa ampliamente de Hernán Cortés. Además de referirse a todo lo que concierne a la Conquista, ofrece noticias de muchos aspectos de la cultura de los antiguos mexicanos. Habla de sus ideas sobre las varias eda-

des cósmicas, sus sistemas calendáricos, sus formas de gobierno, ritos y costumbres, fiestas, así como de los animales y plantas en las tierras mexicanas.

Dando un salto en el tiempo, mencionaré por último a otro antiguo estudiante de esta universidad. Pienso en el jesuita Lorenzo de Hervás y Panduro, oriundo del pueblo de Horcajos de Santiago en la provincia de Cuenca. Después de ser misionero en América y tras la expulsión de los jesuitas por orden de Carlos III, elaboró varias obras en su exilio en Roma, en donde llegó a ser bibliotecario en el palacio del Quirinal.

Preparó él una obra que tituló *Catálogos de las lenguas de las naciones conocidas, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Aparecida a fines del siglo XVIII, la amplió luego en otros seis volúmenes, publicados en Madrid entre 1800 y 1806. En ella describió los rasgos principales de muchas lenguas del Nuevo Mundo, gracias a la información que pudo reunir, entre otras, la que le proporcionaron otros jesuitas también expulsados que habían trabajado en el Nuevo Mundo.

En lo que se refiere a México no sólo describió varias de sus lenguas indígenas, sino que por primera vez estableció parentescos entre algunas de ellas. Por su magna aportación es considerado pionero en el campo de la lingüística comparada.

Con la evocación de estos muy distinguidos maestros —Alonso de la Veracruz, Nicolás Monardes, Francisco Hernández, Juan de Ovando, Francisco López de Gómara y Lorenzo de Hervás— que se formaron en esta Universidad de Alcalá cuando se conocía como Complutense, he querido poner de relieve algunos de los antiguos y arraigados vínculos que México ha tenido con ella. Dando fin a mis palabras, añadiré tan sólo que, al recibir este doctorado *Honoris Causa* y quedar, por tanto, vinculado a ella siendo mexicano, la relación continúa con un eslabón más. En verdad, muchas gracias por el honor que tan generosamente hoy se me ha concedido. **U**